

«Te he incomodado toda la vida y me escondes
como puedes, con barra de labios, pelo largo y faldas
de seda, que revolotean al menor movimiento,
te encuentran encantadora y femenina, pero yo vivo
en tu miedo y me falta espacio».

Orlanda

Jacqueline Harpman
Orlanda

Traducido del francés por Alicia Martorell



Alianza Voces

Título original: *Orlanda*

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de colección: Manigua

Imagen de cubierta: Shutterstock / Yuriy Balagula

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 1996
© de la traducción: Alicia Martorell Linares, 2026
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-302-0

Depósito legal: M-10505-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

Primera época	13
Segunda época	175
Epílogo	243
Epitafio	245
Moraleja	246

*A Dédée y Toury.
Muchas gracias por el piso.*

NOVELA: Historia inventada, escrita en prosa, en la que el autor intenta despertar el interés mediante la descripción de pasiones o costumbres o por la singularidad de las aventuras.

Diccionario *Le Petit Littré*, 1990.

Primera época

Primer día: viernes

La escena inaugural tiene lugar en París, frente a la estación del Norte, en un café que lleva el ambicioso nombre de Brasserie de l'Europe. Una profusión de cromados, plásticos y escay apta para provocar neurastenia en cualquier persona que cometa la imprudencia de mirar. Es algo más de la una. Algunos clientes comen huevos rellenos, otros comen bocadillos. Aline Berger, treinta y cinco años, lee sentada ante un vaso de agua mineral, del que bebe regularmente algunos sorbos. Los andenes solo se anuncian veinte minutos antes de la salida de cada tren y a Aline no le gusta esperar en el gran vestíbulo desproporcionado y ruidoso, donde nunca está segura de encontrar asiento.

Me da la sensación de que no está muy concentrada en la lectura. De vez en cuando pasea la mirada a su alrededor y vuelve a consultar el reloj. El tiempo está inmóvil. No hubiera debido salir tan temprano, pero es de naturaleza inquieta y siempre teme llegar tarde. Además, una vez terminado el trabajo ¿qué podía hacer en la ciudad? Ha pasado una hora en el museo de l'Orangerie, media hora en la librería Smith, ya solo le quedaba dirigirse al

metro. Suspira. Se aferra al texto, que no termina de captar su atención. Es al menos la décima vez que lee el pasaje crucial de *Orlando* en el que tiene lugar la transformación, intentando alcanzar el sentido subyacente, pero se queda con la sensación de no pasar de la superficie y hasta se atreve a pensar que quizá no hay nada debajo. Pone más esmero: *First, comes our Lady of Purity; whose brows are bound with fillets of the whitest lamb's wool; whose hair is an avalanche of the driven snow...* etc. Bosteza. Detrás de las palabras con las que forcejea, llega sinuosa otra corriente de pensamiento que desenrosca los meandros ocultos de ríos llamados intermitentes, pues a veces fluyen a cielo abierto para desaparecer después bajo tierra, donde parecería que se detienen para resurgir unos kilómetros más allá. Como disfruto del privilegio de la novelista, algo que nunca he ocultado y para lo que me considero dotada, esto es lo que escucho, para mi gran sorpresa.

—¿Y si cambiamos de sexo? ¿Y si dejara para ti, alma tímida, este cuerpo de mujer y me fuera a alojar en el de un muchacho? ¡Mira! Ese que está frente a mí, un tanto hirsuto, de mirada furtiva pero la boca ancha y firme de las resoluciones porfiadas... Sentada (o sentado) en su cabeza, ¿cómo te vería? Oh, creo que pronto me apartaría de ti, pues sin mi vigor, mi rabia y mi fuerza, que a veces te dan tanto miedo porque las llamas violencia, serías una cosa mortecina, vencida, irías de derrota en derrota a través de una vida estrecha. Te he incomodado toda la vida y me escondes como puedes, con barra de labios, pelo largo y faldas de seda, que revolotean al menor movimiento, te encuentran encantadora y femenina, pero yo vivo en tu miedo y me falta espacio. Si fuera un hombre, no buscaría a las mujeres, las conozco demasiado, me erguiría feliz ante otros hombres y haría lo que, siendo mujer, nunca me atreví a hacer: ¡los desafiaría! Quizá solo amé a los hombres como homosexual, pero, evidentemente, homosexual

vergonzante que no se atreve a reconocer su inclinación, y quizá estoy disfrazado (¿disfrazada?) y me he puesto este cuerpo extraño en el que nunca estoy en casa. A veces me deseaban y, como yo no me deseaba, no entendía nada. ¡Ah, ser un chico! Basta con que suelte las riendas de mi pensamiento, que siempre sujetas con tanta fuerza, y ya me puedo imaginar este otro cuerpo, más firme, con un torso plano y poderoso, en el que los pectorales se desarrollan libremente, mis caderas se estrechan y presiento, en mi bajo vientre, la turgencia que se asimila a los mástiles de la victoria, que se agitan lentamente en la noche, tras la batalla, sobre los campos sembrados de muertos. Tienes miedo, te tensas, me aburres. Caminaría con paso tranquilo mirando a los hombres de frente, lo que te espantaría, ellos se asustarían un poco, pero algunos volverían la cabeza para seguirme con la vista y quizá elegiría a uno de ellos y lo seduciría para arrastrarlo hacia abismos que nunca imaginó. Los conozco bien y sé lo que les gusta. Como amante, siento que sería más hábil de hombre que de mujer, pues nada me daría miedo, son las niñas las que deben aprender el pudor y la contención; como chico no he aprendido nada, pues nadie sospechaba de mi existencia. Caminaría ingenuamente hacia territorios desconocidos. ¡Dios, qué viaje! América, Cristóbal Colón, Amazonia y el círculo polar me parecen una hazaña ridícula. Y hasta la luna y el planeta Marte. El desconocido está allí enfrente, cien veces me he echado en sus brazos y no he entrado. El otro sexo está más lejos que Vega de Centauro. Mi frente choca contra las cabezas cerradas, no puedo pasar, digo: «¿En qué piensas?». Sonríen y me quedo fuera, perdida, solitaria, encerrada en este cuerpo de mujer que siempre ha agachado la cabeza ante los temores mediocres que no te atreves a abandonar. No se lo reprocho, no es su culpa, ni la mía, estamos igualmente sometidos a esta identidad irreductible que nos separa tanto como lo

están las galaxias, que nos hace precipitarnos el uno hacia el otro, intentando engañar la curiosidad con el placer. Jamás una mujer fue hombre; jamás un hombre fue mujer. Cada sexo posee unos conocimientos que no puede compartir y las estúpidas operaciones que sé que se practican solo son un engaño, un disfraz, no afectan a la mente, solo visten el cuerpo y matan el deseo. Ahora bien, ¡encarnarse en un cuerpo intacto! Cambiar de mundo solo dando tres pasos... ¿Yo es otro? Si *yo* es mil otros, y dado que este *yo* me ha hartado. ¿Por qué no abandonarlo?

El muchacho rubio acaba de pedir otro café. Parece cansado. ¿Por qué bebe tanto café cuando en realidad solo necesita dormir? A sus pies hay una bolsa de viaje. ¿Quizá esté también esperando un tren? En realidad, me resulta tentador. Tiene manos largas de uñas poco cuidadas, pero su cara es nítida, bien construida, creada para expresar la firmeza. Tal y como lo veo, sentado sobre una silla incómoda, tiene cierta gracia, se le puede sacar partido. Lleva una cazadora de polipiel negra, de las que estaban de moda hace algunos años, con cremalleras por todas partes y unos vaqueros descoloridos, pero no rotos. ¿Quizá no se gane la vida demasiado bien? Aunque no estuviera atrapada en el personaje de mujer razonable por el que has optado desde hace tanto tiempo que te parece natural, no le prestaría demasiada atención, pues es vulgar hasta el aburrimiento, su único interés es que es un muchacho joven, robusto y sin fealdad. ¿Y si me acercara? Lo habitaría, le daría belleza, porque para mí ser un hombre joven ya es un estado maravilloso que no podría alterar ninguna preocupación. Bajo mi control se abriría, pondría luz en esos ojos de mirada triste, haría más firme su actitud. No es una chica, lo puede todo, ¿de dónde viene ese aire apagado? ¿Así desperdicia los tesoros que posee? ¡Ah, si pudiera entrar en él! Quizá baste con desear hacerlo, no lo sabemos porque nadie ha intentado nunca

cosa tan loca. Siempre dejas que el sentido común te detenga, incluso cuando juegas con tus pensamientos, por eso eres tan aburrida. Está decidido, cambio.

¿Cambio?

No es factible, es increíble y lo hago. Te abandono sin volver la vista atrás y atravieso lo imposible. No siento nada, solo sé que paso, floto en lo indefinible, entre el antes y el después, en un punto que, forzosamente, no tiene tiempo ni espacio, es el cero absoluto del tiempo y se estira infinitamente, existo durante una eternidad en un ninguna parte que no puedo recordar, ni siquiera cuando estoy allí, pues decir *mientras* ya no tiene sentido, no tengo más realidad que este *yo* indisoluble, que no entiendo qué es, pero cuya evidencia prodigiosa me ilumina, es, en el seno de lo innumerable, el núcleo de certidumbre, la garantía, el ancla inmaterial que permite esta navegación imposible en la que me muevo con seguridad, cuando no hay ni arriba ni abajo, ni delante ni detrás, pero no obstante sé dónde voy y apenas acabo de salir, ya estoy llegando, he atravesado la eternidad, ningún tiempo ha transcurrido, no se ha recorrido nada, me encarno, me realizo, el universo se reconfigura a mi alrededor, tengo una mirada, oigo, siento, ¡soy!

¡Lo hice!

Aline está allá y yo estoy aquí, la separación ha tenido lugar, miro con estupor a mi *yo* que *lee*, el verbo ya está en tercera persona del singular, concentrada ante la botella de agua con gas casi vacía, un drenaje renal regular es la condición de una buena salud, mi padre siempre lo dijo, mi *yo* está enfrente, un poco de perfil, y yo estoy en el joven rubio, he penetrado, tranquila, en su cabeza. No se ha dado cuenta de nada. ¿Tan fácil es dejarse desalojar? No debía de estar muy apegado a sí mismo, pues ha desaparecido sin dejar rastro. La casa es mía. Tiemblo de emoción, me contengo, tengo ganas de levantarme, de bailar dando gritos de alegría,

debo tranquilizarme, acabo de llevar a cabo lo imposible y, si lo proclamara, me pondrían una camisa de fuerza, con tres enfermeros sujetándome. Examinemos nuestro nuevo reino. ¿Uñas poco cuidadas? ¡Peor todavía! ¡Se las muerde! ¡Hay que ser muy tonto para estropear unas manos tan bellas! Me toco el hombro: firme, musculoso, y el tórax. Qué agradable es no sentir la curva eterna de los pechos... Tengo el vientre absolutamente plano y los muslos tan duros como es posible. Este cuerpo me gusta mucho, tanto que estoy excitadísima. Es verdad que siempre me han gustado los hombres más de lo que me atrevía a confesar, me estremezo de tener a este a mi disposición, pero tengo que reprimirme, porque estoy sentado en un lugar público y no voy a empezar mi nueva vida haciendo tonterías. Así que vuelvo a poner las manos sobre la mesa y concentro mi atención en las sensaciones internas: me doy cuenta enseguida de que tengo una ligera jaqueca. ¡Por eso parecía tan incómodo! No me gusta, no he cambiado de cuerpo para sentirme peor de lo que me sentía. ¿Qué ha hecho? Quizá bebió de más anoche, yo solo siento estas molestias si he bebido vino de mala calidad. Probablemente le sienta mal beber. ¿Quizá no tengo carácter? ¿Seré débil? No, no hay que temer, sea quien sea este joven, yo no soy él, solo lo ocupo, dispongo de él, pero soy yo, y nunca he sido mujer de beber o de comer demasiado. Necesito una aspirina. ¡Ah! Algo de él me debe de haber quedado, porque acabo de comprender que a mi anfitrión no le gustan las medicinas. ¡Nunca toma porque piensa que *contaminan!* ¡Contaminan! Es ridículo, le da miedo el ácido acetilsalicílico y se emborracha. Llevaba algunas en el bolso, siempre llevo, voy a preguntarme.

Me levanto. Ocurre algo muy extraño, tanto que estoy a punto de detener mi movimiento: soy bastante más alto que Aline, mis piernas son más largas, casi tiro la mesa. ¡Acabo de desplegar